



POESIA

I

Futuro incierto,
todo es colmado de la palabra única,
los barrios populares,
las casas ajenas y los sitios anónimos,
que suena fecunda gota de Davis
si su cadencia asume la dimensión de los metales.
Quiero traer su nombre desde el pudor de la conciencia
ahora que ha sido violentada.
Nombrarla adolescente parecía fácil:
era la de rotas cadenas y los verdes laureles
que nos cubría con su magia lúcida.
Hoy la encontramos como un signo hermético
oculto detrás de las metáforas.
¿Quién profanó su médula
para alterar lo esencial del contenido?
Estamos los puros y los justos
pero todos con las manos manchadas.
Entonces sólo queda la senda del olvido
para recorrerla juntos poco a poco
pero ay de quien lo cause la ansiedad del deseo.

II

El cielo,
el cielo azul y profundo
desplomado sobre la tierra parda,
herido de luz al mediodía,
antiguo en soledad de las alturas,
abrazado del rumor oscilante de los bosques.
La montaña,
la montaña cortada por el tiempo y empizada al viento
con sus nieves calientes desgarradas de aureolas
despeñadas de vida a la llanura.
Un hombre,
un hombre está caído que huele a siembra,
el de venas oscuras con la lanza a su lado
y las pupilas perplejas de silencio.
Las aves de rapaña devoraron su extraña.
Luego los camaradas que quedaron lejos,
montañeros que se van con la muerte, que se van con la muerte,
caballeros de sus patros pujantes que comueven el suelo
perdidos en el caudal desbordado de las coplas.
Guitarra venida desde el amor de la madera
con su vientre fecundo de notas temblorosas
crecidas en la memoria de los pueblos
para el candor de sus sueños seculares.
Ojito transparente
donde se humedece el paisaje inmóvil
está la ciudad que mira junto al río,
que transita la transa de la vigilia humana
desvelada en el curso que marcan sus relojes.
Si sus calles se vuelven despojadas de olvido
se animan los fantasmas que animaron su historia.

III

Estaba presentido en el día de las brumas,
espeso y sordo,
desdibujando sobre calles ahogadas,
pegándose al contorno de plazas desteñidas.
Penetraba más allá de los muros
para abrazar a las personas y dejarles su aliento
y tocar la piel de la ciudad abierta hacia el estruendo.
Fue dejando sus horas de pesados contornos
que se fueron clavando en nuestras venas
para calar la hiel de nuestra angustia.
Primero vinieron los aviones a despertar la niebla
y levantaron los ecos del silencio.
Corrió la sangre desbocada como río encendido
hasta estrujar el suelo con sus fibras
y cuajar en la muerte.
Pero luego, nada.
El poniente se fue desvaneciendo hacia las sombras
invertido en los fuegos que se encienden,
cargado del ruido de clamores rasgados.
Entonces cayó un minuto largo sobre las casas acoradas
para splestarlas en su hueso desierto
y abandonarlas en un instante sigiloso.

IV

En esta página,
puede que algo de canto derramado,
quizás de territorio gris de la conciencia,
de confuso fragor de pastos redimidos.
En esta página,
todo parece nuevamente.
Atrás se cierra un ciclo troncado de futuros
con sus mártires rotos que se fueron presentes
desde los rostros líquidos y sus cuerpos raíces,
con sus nombres perdidos en sucesos lejanos,
cada uno samido lentamente
en las fronteras de nuestras sensaciones.
Ahora está la vida reclamando sus formas
por su humor poderoso
cubriendo los lugares que quedaron vacíos
de su vaho fecundo.
Entonces amanecen las horas conquistadas,
queridas al calor de afanes permanentes.
A veces un amargo sabor en nuestros labios
alerta continuo de días perimidos
cuando avanza el insomnio nuestros ojos.
Nos hemos quedado desgarrados por dentro.
Hoy se debe mirar hacia adelante.

V

Mortero
el maíz que cae de las manos
hasta la hondura umbría
abierta por la sombra de un filo.
Mortero,
madra con peso de distancias.
Una vez el pasado se asomó por dentro
para palpar el frío de los siglos
y se fué quedando plegado a la corteza
agudo y permanente.
La masa baja para aplastar el grano
que se convierte en zumo.
El hombre cantó el sabor de su fermento.
Los golpes se hunden en pausas prolongadas
en el periodo de las ausencias lentas.
Mortero
luego la historia se marcha de puntillas.

VI

Un pie primero, luego el otro,
 el cuerpo enajenado por el vértigo,
 los brazos hacia arriba o hacia abajo
 que van girando por breves molinetes.
 Un pie primero, luego el otro.
 La voz que dice su destino de pájaro
 es develada gracia de la sangre que arde
 y el ritmo que crece de sus piernas
 se va pegando a las esderas
 y ríe por los ojos.
 Viajera aparecida desde alguna parte
 que vive en un delirio de rumbos cardinales;
 niña transida por el sexo inocente,
 alguna vez bailando en las picadas
 suele acogerla por sus senos la selva omnipotente.
 Arriba está la noche para quemar vas cirios
 en un llanto mudo quebrado en el vacío
 mientras el frío hierve la nostalgia del sueño.
 Un grito que abre las paredes del aire
 clava su agonía por los troncos gigantes.
 Hay un claro teñido por el horror sagrado
 del sacrificio de la presa inmolada.
 Luego la laga roja que disuelve su brillo
 en un tenue despojo de cenizas marchitas.
 El vacío se dilata siguiendo al eco
 cuando la escena permanece después del alba.



VII

Nosotros,
con nuestras culpas y nuestras zozobras,
con el deseo que arde en nuestra carne,
con nuestras plegarias y nuestras alegrías
y nuestras esperanzas.

Nosotros,
que trajinamos mundo arriba
con una mesurada convicción de ser hombres
y que sentimos la delicente sensación de ser tierra.

Nosotros,
los que sentimos la ansiedad del destino
y que buscamos a Dios en los altares
y en el interior de nuestras almas.
Somos los que amamos el profundo sonar de las campanas,
los que nos proyectamos hacia la eternidad en nuestro verbo
y escuchamos la lejana presencia de los astros.
Pero a veces nos sentimos íntimos y extraños,
como densos y opacos,
y nos vamos perdiendo poco a poco,
disgregados en el paso de los años que olvidan,
y seguimos naciendo lentamente
en el retoño de nuestra vieja primavera.

VIII

Porque quiero saber a dónde sigues
venido desde un lugar indefinido
peso que mide la densidad del polvo
con la imagen a cuestas semejante a uno mismo.
Cuál es tu Dico o tu ventura,
cómo tu muerte cuando te vas muriendo
en el espeso palpitar de la sangre.
Caen una a una las gotas de agua
socavando la compacta dureza de la piedra
o las hojas marchitas llevadas en el aire
lento oco derramado desde unos gajos sueltos.
Rostro marcado sobre la gleba virgen,
si alguna vez pasaste andando a tientas
como navío que boga a la deriva.
Hasta que encuentres el dolor que alumbra.
Entonces saldrá el grito cogado en la garganta
para que lo encuentren las manos y los pájaros.

EDUARDO M. COELHO.

